

# Relatos cortos para soñar despierto

Nicoletta Jennings



## Capítulo 1



### **Relato 1: Dolorosa traición**

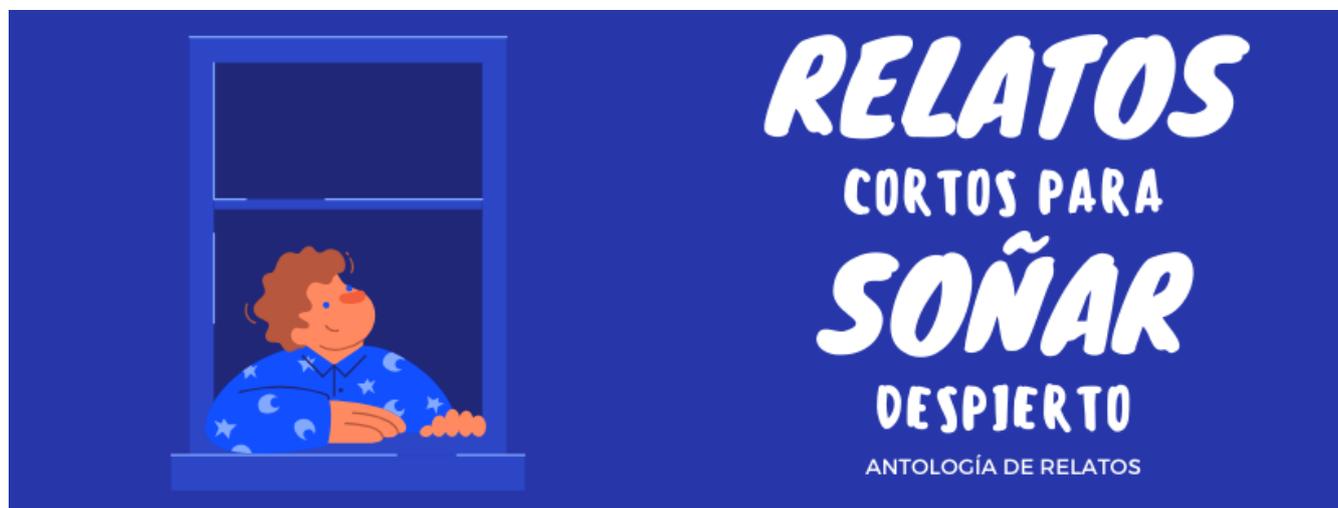
Un viejo rey adormilado, rebusca mapas entre volúmenes ajados. La guerra de los reinos acontecerá al alba; ya se huele la sangre roja y puramente malva.

El reino, sumido en desgracia, aguarda el aliento de la mañana, sabiendo que el arquero ya no disparará en la diana. Lluvias de desolación y miedo, comienzan a ascender hacia el cielo.

¿Caerá el ejército en la batalla? Solo el rey lo sabe, por eso rebusca sin descanso, intentando dar con el ganso.

Si un ave puede acabar con la guerra, el amor puede actuar como una sierra. Viejo rey enamorado, busca consuelos ajados.

## Capítulo 2



### Relato 2: Caos en Sleepy Hollow

En la Víspera de Todos los Santos, comúnmente conocida como Halloween, las puertas al Otro Lado se abrían dejando pasar a toda clase de espíritus. La joven Mariette lo sabía porque en más de una ocasión los había visto, aprovechando su condición de médium. Podía oírles susurrando, podía verlos deambular arrastrando los pies, haciendo crujir la madera y rozando las paredes. Podía notarlos tras ella cuando la tocaban... Pero estaba tan acostumbrada que eran parte de su día a día.

Los traviesos espíritus solían alborotarlo todo, tirando cosas frágiles al suelo y moviendo objetos sólidos para asustar a las personas normales. Para Mariette era todo un fastidio, porque gastaba las pocas horas de descanso que le daban en la universidad para recoger todo.

Sentada en la escalera con su disfraz de bruja, aguardaba a que la oscuridad envolviese el mítico pueblo de Sleepy Hollow, en Terry Town. Cuando los rayos del sol desaparecieron por el horizonte, la calle se llenó súbitamente de fantasmas. Las gentes, con sus trabajados trajes de esqueletos y vampiros, no se percataron de aquel tétrico cambio. Pero Mariette ya lo había visto antes.

Finos como vapor de agua, avanzaban soltando volutas de humo a su alrededor con la mirada inexpresiva. Seguían a las personas haciéndoles de sombra, listos para llevar a cabo sus revoltijos. Mariette suspiró mientras cogía las llaves y salía de su casa dispuesta a pasar una gran noche con sus amigos. Un espíritu comenzó a seguirla calle abajo, con una sonrisa en sus inmateriales labios.

—Déjame en paz —susurró ella asombrándolo; no estaba acostumbrado a que los humanos le hablasen.

Si hubiese estado vivo, hubiese sentido un sobresalto recorriéndole cada parte de su cuerpo, pero al estar muerto era incapaz de sentir nada. Era por eso que se dedicaban a gastar bromas, intentando sentir el aliento de algo que tiempo atrás les hubo pertenecido. La vida era algo muypreciado para ellos. Resignado, buscó otra presa.

En una noche así Mariette debía tener cuidado. Al poseer poderes psíquicos, los fantasmas lograban tocarla y ambos podían sentirse. No era conveniente que la descubriesen, pues a ellos les gustaba pasar desapercibidos por la gente, causando confusión. Con cuidado, intentaba esquivarlos. Pero entre tanta gente era imposible.

Sin quererlo, unos niños que pasaron corriendo por su lado la empujaron y ella a su vez empujó a un grupo de fantasmas. Estos, molestos, llamaron a los demás espíritus y comenzaron a insultarla por su torpeza. Pronto la cabeza de Mariette se llenó de miles de palabras confusas, abrumándola por completo. La agarraban y le tiraban de la ropa, mientras ella hacía lo posible por deshacerse de ellos. Se tapó los oídos con ambas manos pero los gritos resonaban en su cabeza. Al fin, no pudo más.

—¡Basta! —gritó, asombrando a todos los presentes, tanto los vivos como los del Más Allá.

Mariette se dio cuenta del error pues ahora los vivos la miraban como si de una loca se tratase. A veces, llegaba a odiar su *don*.

## Capítulo 3



### **Relato 3: Campo de trigo**

Con cabellos de oro agitados por el viento, aguardaba al sol pegada a la tierra, su cimiento. Insectos curiosos se sentaban sobre ella; patas de libélula dejando su fina huella.

Mecida por sus hermanas, disfrutaba de su aliento, que tras un largo invierno, acabaría en suave lamento. El sol apareció, deslumbrando su apretada melena, tiñéndola de luz, felizmente plena.

El campo entero brilló, la tristeza cesó, la espiga se meció, el viento rugió, las nubes dijeron «adiós»..., y todo eso, en el último día de sol. El otoño se acercaba, y con ella, el principio de la lluvia que calaba.

## Capítulo 4



### Relato 4: El hada de los sueños

Sacudí mis finas alas, transparentes y frágiles como escarcha; lo que más amaba era volar. Así debía ser: cada noche entrar en el mundo de los humanos y brindarles momentos de dulces sueños, tejidos a partir de los hilos de mi risa.

A veces me paraba a pensar que tal vez todo hubiese sido diferente si no hubiese nacido hada. Habría tenido una vida normal, despreocupada, junto al resto de los seres mágicos que habitaban en los Bosques de la Mente. Cada noche sería yo la que tendría sueños hermosos, de la mano de mis compañeras.

Pero mi destino ya había sido hilado.

Me dirigí al primer hogar que encontré, rodeado por una gran muralla doble, y flanqueada por decenas de guardias armados. A mí no me infundían ningún miedo pues era invisible para la vista de los mortales, pero si se sentían más seguros, allá ellos.

Todos los ventanales acristalados y opacos del palacio sumían en oscuridad las amplias salas que se mecían en la quietud del mundo nocturno, pero en el exterior brillaban iluminados con la luz plateada de la luna.

Me colé entre los resquicios de las rocas que conformaban la estructura de una torre. La primera persona a la que visitaría aquella noche sería La Princesa. No recordaba el nombre del reino que ella destinaba a regentar,

así pues para mí solo era La Princesa.

La encontré bajo sábanas de algodón egipcio y almohadones de plumón de cisne, con los cabellos anaranjados desparramados sobre la cama, en medio de una habitación ricamente amueblada en oro y ébano. Me acerqué a su oído y con ayuda de mis palillos de tejer, le hice una suave bufanda con los retazos de mi risa angelical.

Le bordé buenos pensamientos y magia con hilo de oro y le añadí pompones de diversión en las esquinas. Envolví su mente con aquella mágica prenda y mientras salía volando hacia el siguiente hogar, me pareció ver su sonrisa entre la maraña que tenía por cabello.

Mientras flotaba dejándome llevar por la brisa, rumbo a la casa del Zapatero, noté una súbita angustia que recorría mi pecho. Alguien estaba en peligro.

Corregí el rumbo a toda prisa y seguí aquel hilo invisible que me unía a la llamada. Resultó ser la casa de un humilde campesino, a las afueras de la ciudad.

El niño dormitaba, revolcándose violentamente bajo las ásperas mantas. Una pesadilla.

Sabía que pasaría si intervenía. Para repeler a aquel ser oscuro creado de la más tenebrosa materia debería hacer uso de todos mis poderes, renunciando a mi felicidad y mi don para transmitirla.

Acabaría devastada, enterrada bajo olas de agonía y desesperación para siempre. Me convertiría en otra de las muchas almas en pena que recorrían cada noche un tránsito eterno, como miles de hadas antes que yo.

Miré al niño, intentando recordar cada facción suya, ofreciéndole mi bendición y las últimas voluntades que albergaba dentro.

Tan solo tenía una misión cada noche. No tenía ningún derecho de elegir mi destino.

## Capítulo 5

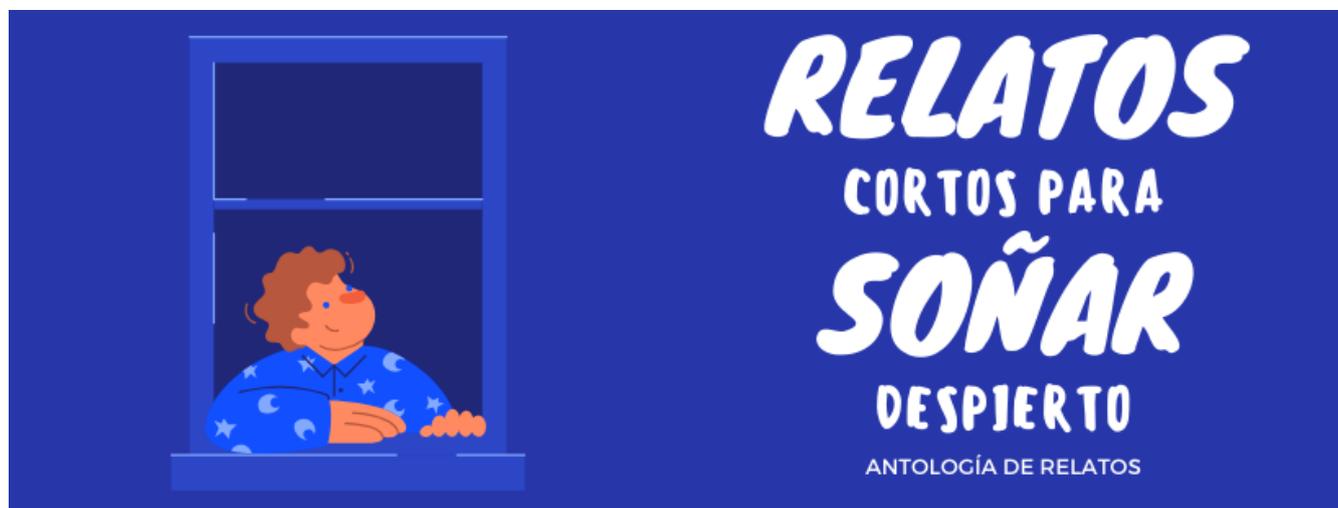


### Relato 5: Pesadillas con monstruos

—¡Buenos días, mamá! Esta noche tuve una pesadilla... Estaba en mi cama y escuché unos golpes, arañazos y gritos provenientes de tu habitación. Tuve miedo, pero aún así me levanté, avancé por el pasillo y entré a tu cuarto. Vi cómo un monstruo oscuro con tentáculos te arrastraba por los suelos. Gritabas e intentabas escapar, pero el monstruo no te dejaba. Al final, te engulló entera y después salió por la ventana. Lloré mucho. Volví a mi cuarto y llamé a la policía; no respondieron. No sabía qué hacer, y entonces me desperté. ¿Mamá?

La ventana del cuarto está abierta.

## Capítulo 6



### Relato 6: La cuenta atrás

Se acababa. Todo por lo que alguna vez luché ya no valdría para nada. Poco a poco los recuerdos, las imágenes y los sonidos me abandonaban, dejándome sola en la larga noche que me abrigaba. No se cómo es que llegué a esto pero, aquí estamos, a la espera de que la cuenta atrás que marcará mi destino para siempre termine. Lo peor de todo es que, si no hubiese sido tan vaga, nada de esto habría ocurrido. La culpabilidad me quiebra el alma.

Ya solo quedan unos minutos. Se me van durmiendo los ojos, preparándome para lo que vendrá después. Los minutos han muerto, dando paso a los segundos, que corren cortando el viento, el tiempo, la vida...

3...

Todo gira a mi alrededor, mientras mis manos corren intentando terminarlo todo mientras me quede tiempo, aprovechando cada milésima de segundo.

... 2...

Me suda todo el cuerpo, y los nervios me consumen.

... 1...

Solo queda un segundo, en el que el mundo se detiene y contiene el

aliento.

... 0

Negro. Solo veo negro, mientras un frío metálico se apodera de mis manos. Todo ha terminado.

—¡No! —resuena mi grito en el frío de la noche.

Mi teléfono, se ha apagado.

—¿Quieres ponerlo a cargar y dormirte de una vez? —grita mi madre desde su habitación, interrumpiendo mi dramatismo.

## Capítulo 7



### **Relato 7: Las luces del bosque**

Nío y Lilia se acercaron sigilosamente al límite que separaba el prado del bosque. Los demás miembros de la manada de unicornios les habían advertido de que era peligroso pasar por ahí: abundaban los magos oscuros que cazaban animales como Nío para realizar sus conjuros.

Penetraron, teniendo especial cuidado a donde pisaban. Pronto distinguieron aquellas luces verdes. Nío las rozó con la pata y apareció un mago tras un roble. Lilia se interpuso entre ellos, y el mago no dudó en capturarla. Desapareció por arte de magia con un estallido de colores.

Ahora Nío tenía que encontrar a su pareja.

## Capítulo 8



### Relato 8: El cazador y el ciervo

El ciervo dejó de correr al esconderse tras los arbustos. Aunque no había señales de vida seguía sin tranquilizarse, ya que el peligro no había pasado, ni mucho menos. Contuvo la respiración mientras las hojas le cubrían el hocico y las ramas le pinchaban en las orejas. No le dolía, pues estaba acostumbrado a trotar por el bosque. Además, su piel era gruesa y estaba cubierta de pelo que le protegía.

Si no se hubiese acercado al poblado de los humanos para saborear aquellos pequeños frutos rojos que solo había visto al nacer, ahora no estaría detrás de aquellos arbustos a la espera de que un cazador le matase. Y todo por esas bayas. Unas bayas que había oído a metros del lugar.

Nervioso, pataleó con las patas traseras, temblando del miedo que se reflejaba en sus ojos negros y brillantes. Su mirada no era nada parecida a la que había visto en los ojos de su atacante: una mirada fría, furiosa y amenazante.

El animal no quería, no podía morir. No aún. Todavía le quedaba mucha vida por delante, y muchos frutos rojos que degustar. Él tenía una misión: dejar su semilla en el mundo y perdurar su especie. De echo, hacía unas horas había visto a una cierva sana y en forma, perfecta para llevarla a cabo. Sin embargo, todo apuntaba a que jamás volvería a ver a un solo animal en su vida.

El cazador se aproximaba a él, sigiloso para no asustarle.

Horas antes, aquel ciervo había entrado en su huerto decidido a robar unas cerezas caídas de su árbol. No le molestaba que quisiese recogerlas pues esa era la labor de un animal. Con mucho gusto le hubiese dejado incluso unas cerezas frescas, pues le gustaban los animales. Pero el problema llegó cuando su hijo de dos años se había acercado a la criatura. Ésta al asustarse, clavó los cuernos al pequeño en autodefensa. Aunque no le había hecho mucho daño, el pequeño comenzó a llorar por el susto. Al oír a su hijo, el cazador salió de la cabaña en la que vivían con ballesta en mano, y siguiendo al ciervo confuso, había llegado al bosque dispuesto a hacerse una alfombra nueva con su pellejo.

«¡Se trata de tu hijo!», se repetía una y otra vez mentalmente.

Siguió avanzando hacia aquel arbusto frondoso en el que los cuernos del animal delataban su localización.

Él podía oler la furia de aquel hombre. Antes que dejarse llevar del todo por el miedo decidió salir de su escondite y continuar trotando por el bosque. Había tomado la decisión: iba a vivir. Obviamente moriría algún día, pero ese día no iba a ser hoy ni mañana. Viviría hasta cumplir su misión. Y si no la cumplía, le pediría a la Naturaleza volver a nacer y repetirla.

Mientras corría volvió a oír en su cabeza el llanto que aquella cría de humano emitió después de haberle sobresaltado. A él no le gustaba que la gente estuviese triste a su alrededor, pues sentía las vibraciones negativas de cada ser, y le afectaban mucho. No comprendía cómo unas cerezas podían causar tanto dolor.

El cazador le estaba alcanzando, y al frente solo quedaba una pared de piedra gris de la base de una montaña. Se había alejado mucho de su hogar. Paró en seco para no chocarse contra la piedra, y eso lo hizo derrapar entre las hojas secas caídas de los castaños cercanos. El cazador lo había acorralado y ya no había esperanzas; lo iba a disparar.

En efecto, el cazador no dudó en presionar el resorte que aflojaba la cuerda de su ballesta. Pero cometió el error de no coger flechas con las prisas. O tal vez fue suerte. En un último intento de acabar con el ciervo agarró su ballesta con ambas manos dispuesto a asestarle un golpe mortal. La levantó para coger fuerza y ya iba a pegar al pobre ciervo cuando de pronto escuchó una voz desde lo más profundo de su mente.

«Ponte en su lugar», dijo la voz.

No era una voz en un idioma que conocía. Era una voz en el lenguaje universal de los seres vivos: el pensamiento. En este caso el subconsciente le hablaba dulce y tranquilamente. Por primera vez en toda la tarde, el cazador se fijó en los pequeños ojos llorosos del animal. No

pudo evitar acordarse de la mirada de su hijo cuando él gritaba a las gallinas que picoteaban en su huerto. La mirada era idéntica: la de un niño asustado, puro e inocente.

Y lo supo. Supo que estaba cometiendo un error. Bajó el arma hasta la altura de su cintura, alzó la pierna y presionando con ambas manos la partió en dos. ¿Cómo él, alguien que se consideraba noble y justo podía cometer semejante atrocidad? ¿Cómo él, un amante de los animales, podía haber estado a punto de separar un alma de su cuerpo? Se estaba comportando como un depredador, y no cómo el hombre justo y razonable que era.

No pudo contener las lágrimas y las dejó escapar, con ellas, la rabia acumulada durante toda la tarde. El ciervo confundido y fascinado a la vez se acercó al cazador y olisqueó las gotas que caían al suelo. Las lamió para probarlas. El cazador perdonó al pobre ciervo y rendido, regresó a su poblado tras aprender una gran lección.

El ciervo tardó en volver a tener confianza, pero cuando por fin la tuvo, comenzó a ser obsequiado cada año por las mejores cerezas frescas. El cazador dejó de comer animales y años más tarde, fue nombrado jefe del poblado por su gran capacidad de entender a la gente y prevenir guerras y peleas. El ciervo llevó a cabo su misión y se instaló cerca del pueblo donde sus crías jugaban y correteaban por la plaza con los hijos de los habitantes.

Cuando les llegaba el momento de dejar este mundo les habló la diosa Arshi preguntándoles que ser vivo querían ser en la vida siguiente. Sin dudar, el hombre eligió ser ciervo, y el ciervo eligió ser hombre. Así se hizo. Y cada uno se puso en el lugar del otro.

*Moraleja: No dejes que tu mente se nuble por la ira, porque te podrás arrepentir algún día.*

## Capítulo 9



### **Relato 9: Sacrificio de una diosa**

En la fría noche aguardaban, dispuestos a contemplar el sacrificio ocultos tras las sombras. Una joven diosa encapuchada, caminaba hacia su destino sobre la hierba hecha alfombras.

La misión la aguardaba, y decidida, la llevaría a cabo sin demora. Pero su corazón se escogía, sabiendo que la muerte la tocaría en pocas horas.

Debía hacerlo, para proteger al necio mundo. Aún a sabiendas de que la humanidad estaba cayendo en un agujero profundo.

Cuando por fin llegó al sagrado lugar, no perdió más tiempo. Acompañada del filo de la daga dejó la vida atrás; su cuerpo, cayó pesado a contraviento.

## Capítulo 10



### Relato 10: Duelo a muerte

Me desperté en el frío de la noche con un sobresalto. Las ventanas abiertas de par en par; las luces iluminando mi rostro. Y aquel zumbido que presagiaba la muerte en mis oídos. Me levanté de un salto, arma en mano, y corrí a cerrar las ventanas.

A continuación me di la vuelta y con una expresión de suma concentración, flexioné las rodillas dispuesta para atacar y comencé a escrutar entre las sombras. Cuando ya creía que no iba a ocurrir nada, lo vi: un pequeño movimiento frente a mis ojos, tan cerca que me caí de culo para atrás.

Gruñí mientras me levantaba y comenzaba a perseguir aquella sombra con toda la precisión con la que pude. ¡Pero era muy rápida! Con cada giro que daba, la perdía de vista y volvía a verla cuando ya se cernía sobre mí.

Al fin, harta de aquel juego que no llevaba a ninguna parte siseé:

—Esta noche la única sangre que se va a derramar va a ser la tuya, amiga mía.

Me abalancé contra ella con un grito de guerra que hizo temblar las paredes y la apreté contra una esquina. A la criatura le temblaban las alas de miedo, o eso era lo que yo quería ver.

«¡Plas!»

Quedó aplastada con la fuerza de destrucción de un tanque, con las tripas colgando. Retiré mi legendaria zapatilla mata-mosquitos y le saqué la lengua mientras limpiaba la suela con una toallita.

Ya no oía el molesto zumbido y sabía que aquella noche podría dormir tranquila. Cerré los ojos y me tumbé de nuevo para sumirme en un sueño tan profundo que los ronquidos se oyeron hasta China.

Pero a la mañana siguiente sobrevino la tragedia. La ventana estaba abierta de nuevo, pero por ella entraba un huracanado viento helado, y mi cuerpo estaba cubierto hasta arriba de gordas picaduras como morcillas.

Un mosquito enorme se acercó a mi cara con una mueca burlona, y juraría, que le oí hablar entre aquellos zumbidos que producía con sus asquerosas alas.

—La venganza se sirve fría, amiga mía.